

Chapter Title: LA CULTURA ÍTALO-MEXICANA DE LOS JESUITAS EXPULSOS

Chapter Author(s): Alfonso Martínez Rosales

Book Title: Francisco Xavier Clavigero en la ilustración mexicana 1731-1787

Book Editor(s): Alfonso Martínez Rosales

Published by: El Colegio de Mexico

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv26d8c2.7>

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This content is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



*El Colegio de Mexico* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Francisco Xavier Clavigero en la ilustración mexicana 1731-1787*

JSTOR

# LA CULTURA ÍTALO-MEXICANA DE LOS JESUITAS EXPULSOS\*

ALFONSO MARTÍNEZ ROSALES  
*El Colegio de México*

## De Italia a Nueva España

El establecimiento de la Compañía de Jesús en México en 1572 fue el inicio, a manera de cuarto creciente, de la afluencia de jesuitas europeos que vinieron a cooperar con la obra educativa y misional emprendida por esa familia religiosa en los vastos ámbitos de Nueva España. Tal corriente cesó de golpe en 1767 con la expulsión de los jesuitas ejecutada en todos los reinos de España, hecho histórico en que puede situarse la culminación, el plenilunio de dicha afluencia, encauzada de Europa a Nueva España por la Compañía de Jesús.

En esa aportación del Viejo Mundo, engrosada por irlandeses, ingleses, alemanes, checos, eslavos, franceses y fundamentalmente españoles, se inscribe la presencia notable de los italianos.

Mas al cesar la venida de los europeos, los jesuitas expulsados de Nueva España iniciaron la travesía rumbo a Italia, yendo a parar en masa a los Estados Pontificios donde se convirtieron en un conglomerado que sufría poco a poco, uno a uno de sus miembros, el fin de su vida y de su obra sin dejar continuadores, pues su muerte natural y la falta de relevos, a manera de cuarto menguante, se prolongó hasta la restauración de la Compañía en Roma en 1814. Sin embargo dejarían huella sólida en el campo de la cultura ítalo-mexicana.

En síntesis, hubo un círculo que se cerró, el cual los jesuitas italianos ayudaron a fortalecer en su trayectoria vital con la cultura italiana y los jesuitas mexicanos enriquecieron con la cultura de Nueva España transterrada a Italia en sus personas.

A fin de comprender un poco la labor de los jesuitas en Nueva España, vamos a utilizar las dos categorías de humanismo que Gabriel Méndez Plan-

\* El título está adaptado de la conocida obra de Miguel Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles-Hispanoamericanos-Filipinos, 1767-1814*, Madrid, Editorial Gredos, 1966 (Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos 98), que trata, aunque poco, de la mexicana. Esta conferencia fue presentada como un interesante y posible tema de investigación.

carte distinguió en su obra *El humanismo mexicano*:<sup>1</sup> el “vital” y el “literario”, que aquí llamaremos académico.

Así, su actividad en misiones, haciendas, colegios, iglesias, capillas y obras de conjuntos arquitectónicos, daba pie a que algunos sujetos aportaran más en ministerios manuales, pastorales, de educación básica, formativos, catequísticos, de administración de haciendas, “misiones circulares” y menos en creación literaria, investigación científica, enseñanza superior, dominio de lenguas, programación de obras arquitectónicas, gobierno de la provincia, etcétera; otros, a la inversa, destacarán más en la vida académica que en el ejercicio de ministerios fuera del aula, del aposento, de la biblioteca y del gabinete de estudios. Esto supone que la mayoría tuvo en su vida un mínimo de equilibrio humanístico vital y académico.

El personal italiano, venido a la Nueva España a partir del establecimiento de la Compañía y durante su desarrollo en el siglo xvii, escapa, por su dimensión, a este trabajo. Por ello aparecerán sólo algunos de los jesuitas italianos muy notables y el conglomerado lo formarán los del siglo xviii.

Éstos fueron, según orden de sus lugares de origen: Benito Guisi, de quien sólo se sabe que era italiano (su apellido lo confirma); Pedro Speciali, de Ancona; Cristóbal de Lauria y Antonio de la Paz, de Benevento; de Brescia, Benito Rinaldi; de Cagliari, Antonio Pérez; de Calabria, Natal Lombardo; de Caserta, Melchor Bartimoro; de Cerdeña, Jerónimo Minutuli, Leonardo Muro, Benito Muru, Juan Piras y Gaspar Sanna; de Cremona, Francisco Banali y Juan Quiera; de Cumi, Luis Piñoni; de Génova, Mateo Ansaldo y Ferrari, y Juan de San Martín; de Lípári, José María de Amendola; de Libornio, Guillermo Claro; de Lodi, Segismundo Tarabal; de Milán, César Biancheti, Juan o José María Cassati, Constancio Galarai y Juan María Salvatierra; de Milazzo, Pedro Proto; de Nápoles, Domingo Crescoli, Nicolás Grisoni, José María Monaco, Jerónimo Pistoya, Horacio Polici y Alejandro Romano; de Palermo, José Javier Alaña, Francisco María Carboni, José María Genovese, Luis Mancuso, José María Piccolo e Ignacio Quingles; de Panonicia, Francisco María San Filippo; de Sardini, Vicente Rippol; de Segno, cerca de Trento, Eusebio Francisco Kino; de Sena, Jerónimo María Giorgio; de Sicilia, Luis María Gallardi, Juan José Giuca, Luis María Marciano, Ignacio María Marini, Ignacio María Napoli, Luis María Pinelli y Agustín de la Roca; de Suelli, José Ignacio Vila; de Trento, Antonio Martini; de Turín, Guillermo David Borio, Jacobo Druet y José Luis Falcumbelli, y de Venecia, Lorenzo Gera y Pedro Nasimben. Éstos son los italianos que conocemos.

A ellos probablemente pueda sumarse Juan La Garrida, expulsado de la Compañía porque confesó haber sido novicio con los cartujos; su apellido y la cartuja hacen pensar en Italia, pues no hubo tal orden religiosa en la Nueva España. También Matías Olora, pues murió a bordo de un navío en el Golfo o Seno de México. Además, hay indicios de que eran italianos: Lorenzo de

<sup>1</sup> Gabriel Méndez Plancarte, *El humanismo mexicano*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1970, pp. 21 y ss, 83 y ss.

Alasturi, Jacobo Billoni, Francisco Grizaldi, Martín Pasaldúa, Antonino Pasquini y Juan Pecio. Asimismo, hay que tener siempre presentes a los 11 desterrados en 1767 y repatriados a Italia, y a Ángel María Queza, quien permaneció en México. En total, 68 sujetos que con seguridad se catalogan italianos (más ocho posibles, que dan la cifra de 76), es decir, un jesuita italiano en Nueva España por año entre 1700 y 1767.<sup>2</sup>

Es de razón llamar humanismo vital a aquel que impulsa a la entrega máxima de la vida en la práctica de las ideas y creencias. Para venir a misionar a la Nueva España los italianos dejaban su patria, se abandonaban a la voluntad de un superior y arriesgaban la vida. Giorgi y Guisi murieron en el viaje, a quienes se agrega Oloro, los dos últimos ahogados en aguas atlánticas. Speciali llegó a Nueva España, recibió el orden sacerdotal y a dos meses escasos murió a los 28 años.

La mayoría de los jesuitas italianos llegados a la Nueva España se sepultó en la lejanía y soledad de las misiones. A eso venían. Fueron fieles a sus propósitos en California, Chihuahua, Nayarit, Oaxaca, San Luis de la Paz, Sinaloa, Sonora, la Tarahumara, Tepotzotlán. . . tantos y tantos lugares de Nueva España a donde se desplazaron, quedaron a merced de las órdenes de sus casi invisibles superiores, compartiendo con los indios su vida y permaneciendo en muchos de sus destinos hasta la muerte, a veces violenta a manos de los naturales. Puede afirmarse que en tan simple y corta idea enunciada se cifra la porción más sólida de la obra de los jesuitas italianos en México. Lo demás se dio por añadidura y adorno. Al profundizar en el estudio sobre ellos, quizás se llegue a demostrar que fueron a las misiones todos los que pudieron.

De tan vasto campo brotaron variadas obras que enlazan el humanismo vital con el académico; por ejemplo, el *Informe del Nayarit y sus vecinos* (1727), de Cristóbal de Lauria; el *Arte de la lengua tepehuana* (1743), de Rinaldi; los ocho tomos de tratados de medicina de Piñoni; y el “Certamen poético en obsequio del Niño Jesús recién nacido celebrado bajo la metáfora de la letra A o Alpha, única vocal del nombre y apellido del autor” (1697), de Gaspar Sanna.

El papel ejercido por los jesuitas italianos en la comunicación de Nueva España y Cuba es considerable. Su importante obra material y humanística en Cuba se dirigió desde la Nueva España. Monaco, Muru, Alaña y Vila tuvieron mucho que ver en ello. La función de Cuba en la vida cultural novohispana fue capital, puesto que era paso *cuasi* obligado al venir de Europa, así como al tornaviaje. También, al momento de la expulsión, se convirtió en tumba de muchos jesuitas mexicanos.

Vale además no perder de vista la influencia en la manifestación artística de las devociones de origen italiano que fomentaron los jesuitas. Aparte del culto a la virgen de Loreto, esparcido a los cuatro vientos, y a la virgen del

<sup>2</sup> La información acerca de los jesuitas citados en este trabajo ha sido colectada fundamentalmente en la obra de Francisco Zambrano y José Gutiérrez Casillas, *Diccionario bibliográfico de la Compañía de Jesús en México por . . .* (Hasta el tomo XI), por . . . (Desde el tomo XII), México, Editorial Buena Prensa/ Editorial Jus/ Editorial Tradición/1961-1977 (16 tomos).

Pópulo, sembraron muy particularmente en la entonces villa de León la devoción a la virgen de la Luz; Bonali y Monaco fueron firmantes del documento de donación (1732) de una famosa imagen de la virgen de la Luz al Colegio de León, que en la ahora ciudad sigue teniendo un culto muy principal en esa advocación, en calidad de patrona jurada. Genovese escribió su *Antídoto contra todo mal* (1737), obra de devoción a dicho título de la Luz.

Los italianos alcanzaron la cumbre de la vida de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España. Alejandro Romano aparece ya en 1695 como “operario de indios” en el Colegio de San Gregorio, de donde fue rector después; en 1701 estuvo de misionero en California, y en 1719 llegó a ser provincial. Se distinguió por la actitud estricta de su gobierno. Mateo Ansaldo y Ferrari alcanzó el provincialato en 1739. Logró ser uno de los más prominentes que gobernaron su provincia.

Al llegar a este punto conviene hacer notar que los jesuitas italianos no cambiaban sus apellidos, ajustándolos al modo español, como lo hacían los de otras naciones. Por eso es menos difícil y sorprendente estudiarlos, porque la mayoría era de reinos incorporados a la Corona de España y por lo tanto estaban aquí en tierras del rey, caso no aplicable a los checos e ingleses, por ejemplo. A esta facilidad para identificarlos puede añadirse que sus apellidos eran más familiares y menos violentos en su pronunciación al oído novohispano.

Hubo dos hechos que ayudaron a fortalecer los vínculos de Italia con Nueva España: el cuarto voto y los procuradores a Roma. Los jesuitas debían emitir los tres votos de pobreza, castidad y obediencia y uno más, especial, de disponibilidad incondicional a las órdenes del papa. Por ser Roma no sólo la sede pontificia sino también el principio y fin de su cuarto voto, el corazón de Italia también era el de los jesuitas.

Francisco Javier Carranza llevó su celo en este asunto a límites insospechados, rozando la profecía. El 12 de diciembre de 1748 predicó un sermón en Querétaro, cuyo título principal era *La transmigración de la Iglesia a Guadalupe*. Publicado al año siguiente, no tuvo tropiezo con las autoridades civiles, eclesiásticas, ni de la Inquisición. Aunque de ello pueda deducirse que la fidelidad al papa era un mesurado patrimonio común, el jesuita fue muy lejos, pues su tema era nada menos que la futura traslación de la Cátedra de San Pedro a la Colegiata de Guadalupe de México. Con ello, proponía que los jesuitas tuviesen, al alcance de la mano, al destinatario de su cuarto voto.<sup>3</sup>

Mas como la realidad no correspondía a sus deseos, había que atravesar la inmensidad del Atlántico para ir a Roma. En cada una de las congregaciones provinciales de los jesuitas de Nueva España se nombraban procuradores a Madrid y Roma que fueran a atender los asuntos de la provincia. El estudio de este aspecto constituiría un principal punto de conocimiento de la historia cultural de México. En casi dos siglos (1572-1767), fueron y vinieron estos

<sup>3</sup> Francisco Xavier Carranza, *La transmigración de la iglesia a Guadalupe. Sermón, que el 12 de diciembre de 1748 años predicó en el templo de Nuestra Señora de Guadalupe de la ciudad de Santiago de Querétaro, el padre prefecto. . . profeso de cuarto voto de la Sagrada Compañía de Jesús. . .*, México, Colegio Real y Más Antiguo de San Ildefonso, 1749.

procuradores, pues Roma era la sede de la curia generalicia de la Compañía de Jesús y, naturalmente, de la Cátedra de San Pedro. Tan sólo al pensar que los escogidos para procuradores eran jesuitas inteligentes y eficaces, que actuaron en un período tan largo y en escenarios tan ricos como Madrid y Roma, da la seguridad de que se está tocando una clave del mundo novohispano.

El hermano Gabriel de Hontoria, oscuro administrador de la hacienda de la Parada del Colegio Jesuita de San Luis Potosí fue procurador a Roma y regresó habiendo cumplido las obligaciones de su encargo y trayendo los beneficios que pudo, porque él sólo fue compañero. Viene también a la memoria el jesuita potosino Pedro de Echagoyan, electo en 1681 con Bernabé Gutiérrez y Luis del Canto. Él fue, cumplió y “volvió de procurador a Roma, sin haber visto absolutamente nada de la ciudad eterna” por haberse impuesto de penitencia la privación de la vista de las bellezas de la ciudad.<sup>4</sup>

Influyó también que varios italianos hayan sido los poseedores del generalato de la Compañía, como Mucio Vitteleschi, de larguísimo gobierno, Angel Tamburini, Luis Centurione e Ignacio Visconti; incluso se dio el mayor y trágico caso de ocupar tan alto e influyente cargo un italiano, Lorenzo Ricci, en el tiempo de la expulsión de los reinos de España y extinción de la universal Compañía.

De cualquier manera, todo elemento que se reconozca en la formación del vínculo cultural de Italia y Nueva España es sólo un ingrediente de una gran comunicación manifiesta entre dos pueblos. Esta afirmación se robustece recordando otros personajes venidos a Nueva España, que no estaban ligados necesariamente a la Compañía, como Juan Francisco Gemelli Carreri en el siglo xvii y el caballero Lorenzo Boturini Benaducci en el xviii. Y, si nos remontamos aún más, el franciscano mestizo de origen tlaxcalteca, fray Diego Valadés que, como procurador de su orden fue a Italia, donde se imprimió en Perusa su *Rethorica Cristiana* en 1579.<sup>5</sup>

Entre los bienes de cultura más notables y eficaces que disfrutó Nueva España gracias a la actividad de los procuradores a Roma fue la adquisición de libros italianos. Los autores, temas y lugares de Italia abundaban, como puede comprobarse con facilidad en los inventarios de sus bibliotecas. En la del Colegio de San Luis Potosí había obras como éstas: Guarraccino, Giuseppe, *Delle Riffessioni sopra il buen gusto nelle scienze e nell Arti di lamindo pritanio. Parte prima: in Venezia. Anno de 1756. Presso Guglielmo Zerletti*; y *Selecta patrum Societatis Iesu Carmina, Genovae, excudebat Joannes Baptista Lentios, 1747*, del cual escribió el encargado de hacer el inventario, después de la expulsión (al parecer un franciscano), que estaba “porcísimo” y “descuacharrangado”. Se puede suponer que por el uso constante, siendo un libro de poesía.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Mi investigación sobre el tema “El Colegio de San Luis Potosí de los jesuitas, 1623-1767”, en proceso, ha permitido vislumbrar el atractivo de la contribución de la Compañía de Jesús al fortalecimiento del vínculo cultural de Italia y México.

<sup>5</sup> Esteban J. Palomera, *Fray Diego Valadés o.f.m., evangelizador humanista de la Nueva España. Su obra*, México, Editorial Jus, 1962; *idem*, *Fray Diego Valadés o.f.m., evangelizador humanista de la Nueva España. El hombre y su época*, México, Editorial Jus, 1963.

<sup>6</sup> Además de los inventarios de papeles de jesuitas de Nueva España, especialmente de sus

Los procuradores lograron además la impresión de obras en Italia. Un caso ejemplar fue el mapa que dibujó el ilustre potosino José Antonio de Villaseñor y Sánchez, que mostraba la pretendida división de la provincia de jesuitas de Nueva España. (*Joannes Petroschi sculp[si]t] Romae A[nno] 1754*: Juan Petroschi lo grabó en Roma el año de 1754.)<sup>7</sup>

Los ejecutores de la expulsión dejaron constancia escrupulosa de los ajuares y libros que se hallaban en los aposentos de los jesuitas el día en que se cumplió la orden real, circunstancia que los hace cuantificables. Impresiona la minuciosidad prodigada a las pertenencias de los moradores de la Casa Profesa de México, pues se buscaba, para comprometerlos, papeles “acaso de gobierno”. De éstos no hallaron nada, pero sí encontraron libros europeos y especialmente italianos. Con esta constancia podría llegar a medirse, en cierto grado, la “italianización” de cada uno de los jesuitas moradores. Hay testimonios de estos inventarios entre los papeles de jesuitas que se custodian en el Archivo Histórico Nacional en Madrid.<sup>8</sup>

Dos ejemplos notables acreditan sólidamente la presencia e influjo de los jesuitas italianos en Nueva España, que cierran este primer apartado: Francesco Saverio Saetta, y la devoción a la virgen de Loreto, con una somera revisión de su influencia en el arte.

Saetta nació en Piazza Armerina, Sicilia, el 22 de septiembre de 1664. Pidió pasar a las misiones, y llegó a Nueva España en 1692. Fue a Sonora y allá Eusebio Francisco Kino lo instaló en Caborca en 1694. Poco después, el sábado santo de 1695, a dos de abril, lo flecharon los naturales. Murió martirizado sin cumplir siquiera los 31 años. Su vida la escribió Francisco de Florencia y últimamente ha tratado de él José Gutiérrez Casillas.<sup>9</sup>

Aunque nacido en el Nuevo Mundo, Francisco de Florencia tenía nombre muy a la italiana. Nombrado procurador a Madrid y Roma en la congregación provincial celebrada en México en 1668, zarpó llevando “indirectamente la ilusión de conocer y traer muchos libros”. En Roma hizo acuñar una medalla guadalupana con la inscripción *Non fecit taliter omni nationi*. Regresó con una “memoria” de libros distribuidos en 30 cajones, entre los que había numerosos tomos de la “Historia de Loreto”. Murió en el Colegio Máximo de México en 1695.

---

archivos y bibliotecas existentes en el ramo de *Papeles de Jesuitas* en el Archivo Histórico Nacional de España, conviene consultar obras afines como la de Alfredo de Micheli, “Autores italianos en la Biblioteca de la Nacional y Pontificia Universidad de México”, en *Acta Científica Potosina*, San Luis Potosí, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, vol. VIII:1 (enero-marzo), 1981, pp. 67-102.

<sup>7</sup> Marco Díaz, *La arquitectura de los jesuitas en Nueva España. Las instituciones de apoyo, colegios y templos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1982, p. 19.

<sup>8</sup> Archivo Histórico Nacional de España, *Papeles de jesuitas*, para cuya consulta es imprescindible la obra de Araceli Guglieri Navarro, *Documentos de la Compañía de Jesús en el Archivo Histórico Nacional*, Inventario por. . ., introducción de Francisco Mateos, Madrid, Editorial Razón y Fe, 1967.

<sup>9</sup> José Gutiérrez Casillas, *Mártires jesuitas de la Provincia de México*, 2a ed., México, Tradición, 1981.

Florencia habíase detenido en el Colegio de Génova y ahí relató las apariciones de la virgen de Guadalupe de México a los estudiantes a quienes repartió estampas de ella. Entonces conoció a Juan María de Salvatierra y a Juan Bautista Zappa. En Génova, Salvatierra y Zappa se embarcaron después a México en una misión. Era el año de 1675.

Salvatierra había nacido en Milán, de padre andaluz y madre italiana —Bárbara Visconti, descendiente de los duques del título de aquella ciudad. Misionó, especialmente en la Tarahumara, y en Sonora y Sinaloa. Promovió la formación del celeberrimo Fondo Piadoso de las Californias y fundó allá la Misión de Loreto. Ascendió en los cargos, y fue provincial de 1704 a 1706, en cuyo desempeño viajó a la Alta California —una proeza entonces— a donde volvió para una estancia de dos años al término de su gobierno. Murió en Guadalajara en 1717, al regresar de la Misión de Loreto, y lo sepultaron en la Capilla de Loreto de Guadalajara, que él había erigido siendo rector del colegio.

Zappa nació en Chieri, Milán. A su venida en 1675 trajo consigo una imagen de “Nuestra Señora de Loreto, tocada, y según las medidas de la original que se venera en la Basílica de su nombre; trajo también las dimensiones de la Santa Casa de Nazareth” y la convicción de que su vocación a México la debía a la imagen de la virgen de Guadalupe que le había dado Florencia. Inició la construcción de la Capilla de Loreto del Colegio de Indios de San Gregorio de México, obra que prosiguió Salvatierra, el cual ya entonces le convenía su estancia en el México central y no haber ido a las misiones, inquiriéndole acusatoriamente “a qué había venido”. Luego comenzó a levantar la del Colegio de Tepotzotlán, que terminó en 1680. Aprendió lenguas indígenas y misionó en la Huasteca. Murió relativamente pronto y joven, de 43 años, en 1694, en el ingenio de Xalmolonga, contagiado de un “tósigo” que había atacado a los indios.

Fue así como alcanzó mayor difusión el culto a la virgen de Loreto. En el aspecto meramente artístico enriquecieron al país con innumerables capillas de ese nombre, muchas de gran valor. Son dignas de mencionar la portada de la Capilla de Loreto de la ciudad de San Luis Potosí, exquisita muestra del gran barroco mexicano, cuya nave ha quedado lastimosamente en *cuasi* absoluta desnudez de su adorno; el interior de la Capilla de Loreto en Tepotzotlán, que conserva aún cierto esplendor del tiempo de su dedicación (1733). Es curioso que Manuel Toussaint en sus *Paseos coloniales*, intuyendo las corrientes subterráneas que sustentan estas obras históricas y artísticas, ensalce esta capilla “y la relaciona con la pompa veneciana”; Diego Angulo evoca ante ella soluciones de Guarino Guarini “tan enamorado de las formas árabes”; Graciano Gasparini llega a referirse a las “fuentes árabes e italianas que inspirarían al proyectista de Tepotzotlán” y, con cierto dejo de envidia, niega el valor estructural del recinto y concluye afirmando que “luce más por los oros que lo cubren”.

Marco Díaz, quien colectó estas opiniones, dice que el tema central del “casquete” del camarín de la Capilla de Loreto de la iglesia del Colegio de Tepotzotlán, que encierra el misterio de su dedicación y recoge la trayectoria histórica de dicho culto, “parece ser la Coronación de María”. Vistos los an-



tecedentes mariano-lauretanos y recordando el texto labrado en el arco de la puerta principal de la Capilla de Loreto de la ciudad de San Luis Potosí (*Hic est domus ubi Verbum caro factum est*), el enigma se descifra pues son estas Casas de Loreto un recuerdo de la Casa de Nazareth, hogar de María y José, en que descendió el Espíritu Santo para que se realizara el misterio de la encarnación del Verbo o Hijo de Dios, “Ésta es la casa en que el Verbo se hizo carne”. Por eso los cuerpos del lucernario del citado camarín van disminuyendo sus volúmenes hacia lo alto, para que la superposición de la luz de sus vanos ilusione las pupilas del espectador y le parezca ver que el Espíritu Santo, posado en el vértice del cupulino, desciende plácidamente sobre aquel espacio íntimo.

Acierta Marco Díaz al afirmar rotundamente que “Por su valor espacial, su unidad decorativa y simbólica, su ejecución de extraordinario buen gusto, este recinto es una de las obras clave de la arquitectura virreinal de Nueva España.”<sup>10</sup>

### Viaje y tornaviaje de Nueva España a Italia

La expulsión de los jesuitas puede compararse con la que había sido aplicada a los judíos y a los árabes en 1492 y a principios del siglo XVII respectivamente. Sin embargo, las diferencias son tan grandes que se convierte el de los jesuitas en caso único. Por ejemplo, los judíos y los árabes pudieron ser tenidos como extraños al pueblo español, pero los jesuitas no. La Compañía de Jesús era una familia religiosa fundada por un español e identificada en mucho con España. El pueblo judío y el árabe pudieron ser considerados un problema respecto de la unidad religiosa española y los jesuitas no, por el contrario, ellos fueron sus fortalecedores. El caso es que en 1767 los déspotas españoles ejecutaron la expulsión con mano militar.

En España, dicen algunos historiadores, el hecho no tuvo gran significación. Habría que verlo. Pero en el panorama de la historia del Nuevo Mundo puede afirmarse que la expulsión de los jesuitas fue en México el hecho más importante después de la conquista, un drama de Nueva España. El pueblo no sólo perdió a los jesuitas y la importancia de su obra sino que también sintió nacer en su corazón, en silencio (por el decreto de no hablar en pro o en contra del asunto) el “desamor” a los reyes de España. Hubo casos como el de la ciudad de San Luis Potosí, en que se dio la ruptura, quizás para siempre, del vínculo de amor y de fidelidad del pueblo potosino a los reyes de España y a su real corona. Que no fue un caso aislado sino uno más en la inmensa extensión del antiguo Obispado de Michoacán, en que se efectuaron las mayores manifestaciones de descontento y donde el brazo armado de los déspotas españoles “clavó” la necesidad de separarse de España. Hay que recordar a don Miguel Hidalgo y Costilla, quien fue alumno de los jesuitas en la antigua Valladolid, cabeza del Obispado de Michoacán.

<sup>10</sup> Díaz, *op. cit.*, pp. 140-144.

De California a Guatemala y de Nayarit a La Habana corrían los extremos del amplio campo de donde salieron desterrados los jesuitas de Nueva España. Pueden sumarse los de Filipinas, que siempre estuvieron en estrecha relación con los novohispanos tanto en viaje como en tornaviaje a las islas, porque se atendían sus asuntos en el Colegio de San Andrés de México y por la presencia de jesuitas de Filipinas en el Hospicio de San Borja, situado en el Valle de México.

Gran parte de los expulsos salieron de la ciudad de México, otros nunca entraron a ella, como en el caso de los moradores del Colegio de San Luis Potosí, quienes no pudieron visitar siquiera la Colegiata de Guadalupe. La mayoría pasó por el puerto de Veracruz, excepción de los jesuitas de Cuba, que salieron directamente de la isla rumbo a Europa.

Mas La Habana adquirió en este asunto una importancia capital al transitar por ella la mayoría de los jesuitas del Nuevo Mundo. La gobernación de Cuba estaba entonces a cargo de Antonio María de Bucareli, quien, con la porfía de servir a su "amo" Carlos III y su manifiesta laboriosidad inflamada de odio a la Compañía de Jesús, saltó de ahí al virreinato de México. El avío de dineros, alimentos y reparaciones tuvo que hacerse en La Habana para emprender la travesía del Atlántico. Por todo esto y más, las fuentes de investigación que señalan como escenario La Habana y por tanto relacionadas con una gran masa de jesuitas, son riquísimas. Sirvan de ejemplo los papeles que se hallan en el Archivo Histórico Nacional, en Madrid.

De La Habana salieron hacia España. Allá estuvieron en Cádiz y el puerto de Santa María de donde emprendieron la ruta para Cerdeña y Córcega, es decir, al encuentro de Italia y su cultura.

Los jesuitas de Nueva España iban muy bien acompañados. De un total de 678, eran nacidos en España 153 y 61 en otras naciones de Europa. Esto implica que, por ser entonces gran parte de Italia reinos incorporados a la Corona de España, los españoles e italianos no eran extraños entre sí, incluidos los lazos familiares. Por otra parte puede afirmarse que todos los jesuitas de Nueva España tenían formación humanística con sólida inclinación hacia Italia, unos en mayor grado, otros en menor. De los 61 europeos 11 eran nacidos en Italia, según se sabe. En México se quedó el padre Ángel María Queza, sardo, quien, habiendo dejado la sotana de los jesuitas en 1764, se incorporó al clero secular y murió en México en 1780, razón por la que no se completó el número conocido y cabalístico de los 12 jesuitas italianos expulsados de Nueva España.

A continuación aparecen los desterrados (que a mi juicio constituyeron el punto de inflexión y comunicación de la cultura novohispana con la italiana, enriquecida la primera desde el siglo XVI por la segunda, gracias a los jesuitas italianos en particular y a la Compañía de Jesús en general), y que ahora atravessaban el mar para sumergirse en la vida italiana, donde la cultura mexicana adquiriera una de sus más sólidas facetas. El padre Agustín Carta, que se encontraba en la Casa Profesa de México al momento de la expulsión, murió en Veracruz, camino del destierro, el 8 de agosto de 1767. Tal parece que fue el quinto de los 34 jesuitas expulsos que ahí murieron. Era sardo.

El hermano coadjutor Eugenio Zambeli murió en el puerto de Santa María en quinto lugar de los que ahí fallecieron. Era milanés. También murió allí el padre Pedro Pablo Macida, sardo.

El padre José Garrucho, sardo, quedó prisionero en España y murió recluido en un convento de jerónimos en Lubiana, Obispado de Guadalajara.

Continuaron el viaje los siguientes: hermano coadjutor Ángel Carta, coadjutor Francisco Cos, padre José Cubedo, coadjutor Francisco Xavier Gerardi, padre Gaspar Miralla, padre Antonio Polo y padre Nicolás Sacchi.

Ángel Carta, Cos, Cubedo y Polo eran sardos. Gerardi era corso, Miralla siciliano y Sacchi napolitano.

Cos se secularizó en Ajaccio en 1767 y, aprovechando que sólo era hermano coadjutor, se casó.

En resumen, uno quedó en México, otro murió en Veracruz, dos en el puerto de Santa María, otro prisionero en España, uno más se apartó por secularización y seis llegaron a la Italia peninsular. Esta cifra redime la necesidad de aprendizaje del italiano que pudo tener la mayoría de los jesuitas de Nueva España, desde el momento que supieron que su destino sería Italia, el cual no sabemos precisar. Algunos mexicanos ya sabían italiano, como el padre Francisco Xavier Clavijero; otros más de los españoles y demás naciones de Europa, seguramente. De cualquier manera, el ambiente de estudio, disciplina, trabajo y oración de los jesuitas se redujo en el camino del destierro a disciplina y ocio forzados, oración y sufrimiento, que aunque no era una situación ideal sí pudo propiciar la preparación para afrontar la lengua, la vida y las costumbres de Italia. Cuando menos, los italianos debieron servir de intérpretes.

También habrá que tener en cuenta a los jesuitas que hayan estado procuradores en Italia, a los italianos asentados en España que pasaron a la Nueva y a los mexicanos de ascendencia italiana. Por ejemplo, de estos últimos parece que fueron Manuel Fabri, nacido en la ciudad de México y muerto en Roma en 1805 y los hermanos veracruzanos Antonio, Esteban y Felipe Franyuti, desterrados los cuatro.

Mención especial merece el caso del hermano coadjutor Francisco Xavier Gerardi, quien "al pasar por Cerdeña tuvo el gusto de ver a sus parientes". Se ve aquí el punto de reunión de la corriente de jesuitas italianos en viaje que pasaron a Nueva España, ahora en tornaviaje forzado y en compañía de los sujetos de la Provincia de Jesuitas de México en tránsito a Italia.

La isla de Córcega fue una especie de puente para que los jesuitas de Nueva España se incorporaran a la península itálica. Aunque entonces la isla corsa dependía políticamente de Francia, puede afirmarse que por cuestión de identidad se encontraban ya de hecho en Italia. A punto de llegar a su destino, tendrían oportunidad de vivir cerca del Romano Pontífice, a quien habían prometido solemnemente servir en forma casi ideal, ligándose por un especial cuarto voto en sus lejanos colegios, casas y misiones de la Nueva España; ahora lo tendrían cerca realmente y en circunstancias extraordinarias y dramáticas.

Llegaban a sumergirse en una cultura que conocían y amaban,

podríamos decir que sólo “académicamente”, pero que entonces se convertiría en el ambiente de su vida diaria.<sup>11</sup>

### Mexicanos en Italia

El padre Salvador de la Gándara, provincial de los jesuitas de Nueva España, que aún podían llamarse así, en carta fechada en Bolonia el 28 de septiembre de 1768, escribió acerca de las “necesidades y estrecheces en que me hallo. . . para la subsistencia de los sujetos. . . parte hemos arribado, y espero el resto de ellos en breve”.

“En el puerto de San Fiorenzo de la Isla de Córcega, me entregó el Comandante, á cuyo cargo veníamos los de mi Provincia, la pension que la piedad del Rey Catolico” mandó se diera para dos meses. “Llegamos al Puerto de Bastia”, ahí se gastó mucho en manutención y utensilios por creer que sería el lugar de su establecimiento. Antes del mes llegó un general

. . . del Rey Cristianísimo, nos mandó salir de la dha Ysla, dentro de tres días por tierra firme, sin determinar la parte de ella, a que nos habían de conducir; salimos prontamente, y habiéndonos arrojado un temporal al Puerto de Génova, me notificaron allí de parte del Embiado del Rey de Francia en aquella Republica, y para seguir nuestro viaje por tierra desde el Puerto de Sestre por Parma y Módena al Estado Eclesiástico, era necesario que cada uno de los sujetos concurriese con cinco Pesos que costaría nuestra derrota hasta los Estados de Parma.

[Se pagó] con lo cual gastaron los sujetos, aún más de lo que les restaba de la pensión. Esto agregado a lo demás que ha sido necesario gastar para llegar hasta aquí, nos ha dejado en una suma necesidad, y pobreza, tanto que no hallo que camino tomar en estas distancias [su referencia era México] para mantener, y establecer a tanto pobre desterrado.

Temía que la estrechez llegara a tanto que habrían “de perecer de hambre, y desnudez, por no haber llegado aquí con más ropa, que la que traemos en nuestros cuerpos”. Esperaba que se les tratara con piedad y perdonaran la molestia que pudiera causar, pero aseguró no haber a qué atenerse ni a quien recurrir.<sup>12</sup>

Esa carta ni siquiera la contestaron. Así muchas más. La soberbia y arbitrariedad de los déspotas españoles no tuvieron límites. En Italia los jesuitas mexicanos estuvieron en el mismo sojuzgamiento que desde su arresto en México. Esta situación subsistió en perjuicio de los cada vez menos sobrevivien-

<sup>11</sup> Para cada uno de los jesuitas citados en este apartado, véase también Zambrano y Gutiérrez Casillas, *op. cit.*

<sup>12</sup> Archivo Histórico del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, *Embajada de España cerca de la Santa Sede*, leg. 331, f. 472. Para la consulta de este archivo fue un instrumento valiosísimo la obra de José María Pau y Martí, *Archivo de la Embajada de España cerca de la Santa Sede. III. Índice analítico de los documentos del siglo XVIII por. . .*, Roma, Palacio de España, 1921.

tes hasta 1814, año de la *restauratio in integrum* de la universal Compañía por el papa Pío VII.

El grueso de los jesuitas castellanos y mexicanos quedó radicado en Bolonia; los aragoneses, peruanos y parte de los mexicanos en Ferrara; los chilenos, paraguayos, toledanos y andaluces en Imola, Faenza, Forlì y Rímimi; los colombianos, ecuatorianos y demás de aquellas naciones en Marca di Ancona; y los filipinos en Bagnacavallo. Fue pues Bolonia el principal asiento y escenario de los mexicanos.<sup>13</sup>

El humanismo vital de los mexicanos en Italia se redujo a buscar para sí casa, vestido y sustento. Cualquier obra suya que aparezca de humanismo vital en su destierro será para su honra, puesto que aun los privaron del ejercicio de ministerios sacerdotales. Subvivían. Las palabras del provincial De la Gándara dan la pauta de la desgracia de los desterrados.

Ya vimos que sus peticiones eran ignoradas. Cuando les contestaban era para regañarlos. Perdieron hasta el nombre de origen. Altaneramente y con amenazas, el 4 de junio de 1769 los esbirros de los déspotas españoles en Roma notificaron al general de la Compañía que contravenía la pragmática sanción de 2 de abril de 1767 al nombrar superiores “con la denominazione delle Provincie di Spagna e dell’Yndie”; que debía “subito annullare, e rivo-care” y se le concedían 30 días para hacerlo “per pura benignità da S.M. Cattolica”, si no las pensiones de los expulsos se suprimirían con peligro de perderlas para siempre. ¿Cómo llamarían de 1769 a 1773 a la Provincia de la Compañía de Jesús de México?

Luego de la extinción se llegó a excesos como enviar cartas a los obispos donde residían los expulsos, intimándolos a que la apoyaran; que les aconsejaran conformidad y sin tardanza mudaran la sotana de los jesuitas por la de clérigos seculares. A ellos se les comunicó que quedaban “en libertad de vivir separados”, sujetos a los obispos, advertidos de guardar “alto silencio” y de cesar sus pensiones si los déspotas españoles lo creyeran conveniente: las prohibiciones eran burdas, por más que las quisieran revestir de libertades. Por ejemplo, la “libertad de vivir separados” no es otra cosa que el impedimento de vivir en comunidad, con ánimo de dispersarlos y aniquilar la Compañía de Jesús.

En 1773 los agentes de la corte de España “aconsejaron” al arzobispo de Bolonia, cardenal Malvesi, que, habiendo dejado los jesuitas de ser “nacionales” de los reinos de España, los castigara como y cuando debiera por vivir en tierras del papa, donde “deberían dar ejemplos de resignación y humildad”. En 1789 hubo orden de que “sepan los americanos” que el rey jamás concedería licencia para que volvieran a sus “reales dominios”. Hilario Palacios, residente en Roma y cubano de origen, perteneciente por lo tanto a la provincia de México, mereció regaño personal.

Compartieron la desgracia de Italia en 1796. Los franceses entraron a Bo-

<sup>13</sup> Nicolás P. Cushner, *Philippine Jesuits in Exile. The journals of Francisco Puig, S.J., 1768-1770*, Roma, Institutum Historicum Societatis Iesu, 1964, p. 35.

lonia al mando del general Bonaparte, quien tuvo atención especial adversa contra los desterrados ahí y en Ferrara.

La mayor parte de las contradicciones venían de fuera de su ambiente, de sus enemigos; sin embargo, las internas debieron ser más dolorosas. La humana condición se manifestó en muchos aspectos. De los más sensibles puede citarse el abandono que de la Compañía hicieron algunos desde el camino y ya en Italia, antes de la extinción. Tuvieran o no razón, a los que seguían fieles les producía desaliento. Por ejemplo, el novicio expulso Mariano Moctezuma, con apellido evocador de grandeza y señorío, dejó la sotana en Masa, quizá en la lucha por la sobrevivencia, y pasó a Regio al servicio de la princesa heredera de Módena “que le recibió con mucha estimación”. Así, entró a las órdenes del duque de ese título.

Aun las cosas externas, como el uso de la sotana jesuita, les acarrearón animadversión y desprecio entre 1768 y 1773, al grado que algunos no lo resistieron y se despojaron de ella antes de que se les obligara a quitarse “su identidad” por la extinción de la Compañía.

En medio de estas adversidades hubo una ocupación que resultó alivianante, muy práctica, que complementó la capacidad con el deseo de servir: algunos se convirtieron en médicos que atendían a sus hermanos de religión.

Las anteriores contradicciones sólo son parte de las que afligieron a los mexicanos en particular y se enmarcan en las padecidas por los jesuitas en general. La podredumbre, presiones, amenazas, calumnias, vejaciones, desprecios, hechos y dichos efectuados en su contra fueron tantos que dan asco. Basta leer una carta del conde de Aranda para medir la estatura de los modelos que regían a los déspotas españoles.

Para comenzar, por mano de Carlos III prohibieron cualquier ayuda de los familiares, amigos, conocidos, admiradores o de quien fuera, porque el Rey lo iba a hacer. Se reservó la práctica de “socorrerlos” para tenerlos más a su merced. Todo se regiría por las “piadosas intenciones” del Rey, decían los déspotas ilustrados. Y para tener una justificación de sus ataques, alzaron la figura imaginaria del que llamaron “partido jesuítico”, que pretendían descubrir agazapado en todo lugar.

El lazo que tendieron los déspotas al cuello de los jesuitas, para ahogarlos según su capricho, fue la famosa “pensión” o mísera “anualidad” que se les asignó para su subsistencia, poco para los sacerdotes y menos para los hermanos. Todo a costa de los bienes confiscados a la misma Compañía.

La lista de actos antijesuitas es muy densa. Cambiaban los métodos de pago. Las órdenes, que para el arresto de los expulsos y confiscación de los bienes de la Compañía fueron prontas y de ejecución instantánea, después se convirtieron en lentas y al resguardo de una cerca burocrática a la que siempre le llegaban tarde o no las recibían, o cuando llegaban a los comisarios se les convertían en dudas (por ejemplo, que si les debían de pagar desde el desembarco o desde su entrada a Roma). Mientras, todo se suspendía. A tales grados llegó el “infeliz estado” de los jesuitas, que la misma burocracia española instalada en Italia se compadecía de ellos, como sucedió en Bolonia y Ferrara, donde había mexicanos.

La intimación del breve de extinción se realizó con todo el aparato posible, a fin de aniquilar a la Compañía material y moralmente. Luego dividieron a sus miembros “económicamente”, en los que tenían dinero, los que algo tenían y los que sólo disponían de la pensión. Las pillerías en perjuicio de sus míseros haberes, pago de pensiones y “manejo de caudales” no tardaron. Pietro La Forcada, comisario de los déspotas españoles en Italia, fue un caso, pues “avendo la sua moglie e Famiglia in Yspagnia, mantiene qui una Donna, da cui si pretende abbia avuto figli” y los dineros, suyos y de los demás “che non só se bastino a suoi capricci”.

Incluso antes de la extinción llegaron a obtener del papa que prohibiera a los jesuitas la predicación, administración de sacramentos y otros ministerios sacerdotales en sus estados. Y una vez extinguida la Compañía, se expidió una real orden declarando no ser súbditos del rey los jesuitas extrañados. Constantemente había quejas oficiales de “los excesos” de los “ex jesuitas”, alegando falta de gratitud y respeto al rey con cartas “sediciosas e indignas.”

Se les mandó a éstos terminantemente que no escribieran ni recibieran cartas sin presentarlas a los comisarios reales. Hubo muchas más prácticas adversas. Pero basta con decir que en 1800 todavía el régimen español se opuso al proyecto de restablecer la Compañía. El embajador extraordinario en Roma era el cardenal Lorenzana, arzobispo de México en el tiempo de la expulsión, circunstancia que debió hacer más sensible la situación de los mexicanos.

Junto a los hechos y dichos perjudiciales, los jesuitas, especialmente los mexicanos, tuvieron algunas oportunidades que no hay duda les sirvieron de desahogo. El año de 1775 se celebró con la categoría de año santo. En mayo de 1782 el papa visitó Bolonia, y lo más probable es que los mexicanos estuvieran en los actos de recibimiento y hayan acudido a la ceremonia de “besar el pie”, lo cual no hubieran podido hacer en México.

Estos acontecimientos se enlazan con las verdaderas aspiraciones de los jesuitas desterrados de México, pues la Catedral de San Pedro era centro de su atracción. Rafael de Zelis, uno de los expulsos mexicanos, en su obra acerca de sus viajes en el destierro, distinguió con claridad la etapa de la salida del Colegio de Tepotzotlán a cuando “llegaron a la Basílica de San Pedro en Roma”; y Antonio López de Priego escribió en su pleito imaginario de un italiano boloñés con un mexicano, que éste declaró su afición a Italia, especialmente a Roma, pero no tanto por su historia y arte sino por ser la sede de la Catedral de San Pedro.

Así, la cercanía del trono pontificio fue un apoyo moral para ellos. Llevaban de México, además, otros dos valores que los inspiraban y sostenían; el guadalupanismo y la creencia en la grandeza mexicana. Eran una especie de columnas de Hércules en sus ánimos. Andrés Diego de la Fuente, por ejemplo, escribió su *Descripción poética* de la imagen guadalupana con un total de 1 256 versos latinos, publicada en Faenza en 1773. Éste sólo es un caso de los muchos que abordaron el tema.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Andrés Diego de la Fuente, *Descripción poética de la imagen guadalupana*, introducción de Joaquín Antonio Peñalosa, versiones de Roger Méndez y Alfonso Méndez Plancarte,

La grandeza mexicana apuntaló en gran medida sus espíritus. Uno de los ejemplos más ilustrativos fue Antonio López de Priego, hombre de pasión bronca y sincera por México. Templó su carácter en el destierro y escribió unas “Décimas a modo de historia, o historia en tono de décimas. Pleito que tuvieron un italiano Boloñes con un Mexicano”, divididas en 3 partes: 1) viaje del italiano a México y cuanto bueno y malo vio en él; 2) viaje del mexicano a Italia y cuanto bueno vio en ella, y 3) cosas que al mexicano le desagradaron en Italia, porque “Luego que llegamos a estos países comenzamos a pleitos con la Italia” y, para desahogar sus sentimientos, en la tercera parte hizo una “aguafuerte caricaturesca de los defectos” —reales o imaginarios— que suelen achacarse a los italianos. Insistió en su amor a México, considerándose más desgraciado que un ciego de nacimiento porque él cegó cuando dejó de ver a México y de vista lo perdió.

Propuso también, entre otros tópicos, la desigualdad, en cuanto a la cantidad de viajeros de Italia a México y viceversa:

¿Cuántos de cada nación  
ves ir de aquí para allá?  
Muchos. ¿De allá para acá?  
Ni uno. ¿Y por qué? La razón:  
Porque allá la Religión  
florece y la Cristiandad,  
la abundancia y caridad,  
y cosas que aquí no veo:  
esto es por lo que peleo  
viendo la disparidad.<sup>15</sup>

La polémica dio un poco de sal a la existencia de los jesuitas desterrados en Italia. Un tema a propósito fue la pretendida exaltación a los altares del obispo de Puebla don Juan de Palafox y Mendoza, ubérrima en defensa y ataques. Precisamente uno de los impresos más raros relativos a este asunto fue la carta —impresa en Italia a dos columnas, en español e italiano— que el obispo de Puebla Fabián y Fuero había escrito con motivo de la expulsión en 1767, y que trataba en una de sus partes el pleito Palafox-jesuitas.<sup>16</sup>

El humanismo académico tuvo un campo y una sustentación amplios.

---

México, Basílica de Guadalupe, 1971 (Encuentro Guadalupano, 1895-1970). Andrés Diego de la Fuente era natural de la ciudad de San Luis Potosí, donde los famosos “tumultos” originados por la expulsión de los jesuitas y otras causas tuvieron una represión brutal. El déspota José de Gálvez, visitador de Nueva España y comisionado para el caso, dejó una cauda de desolación y muerte. Sin contar los innumerables desterrados y demás, los documentos oficiales registran, sólo entre descuartizados, ahorcados y un “baquetado”, la cifra de 44 ejecutados por la “real justicia”.

<sup>15</sup> Méndez Plancarte, *op. cit.*, p. 127.

<sup>16</sup> Archivo Histórico del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, *Embajada de España cerca de la Santa Sede*, leg. 426-427, exp. 4, 29 ff.



López de Priego dijo muy claramente que escribía como “poeta de esquina/ /puesto que me miro ocioso /usando de esta locura /para no volverme loco”. El tedio, la melancolía, la nostalgia y el ocio forzado los atosigaban; a ellos, que fueron todo dinamismo. José Padilla, al parecer español, escribió en 1773 a José Moñino que a él y a otros les confiscaron sus libros y no eran de los prohibidos. Los habían comprado a hurtadillas de su pensión, absteniéndose de algunos menesteres “para ocupar el tiempo honestamente y evitar la ociosidad” y suplicaba ardiente y reverentemente que se los devolvieran.

La carta de Padilla no tiene respuesta. Es lógico suponer que los jesuitas mexicanos en Italia, como él, sólo pudieron echar mano, por su bien y el común, de lo que tenían en sí, no otra cosa que hábitos como el de la lectura, estudio e investigación.

La importancia del trabajo intelectual de los sujetos de la Compañía era tanta que sus mismos enemigos la tuvieron en cuenta. En Bolonia, el 7 de febrero de 1787 escribió el comisario real Luis de Gnecco a José Nicolás de Azara que había remitido obras de “nuestros ex jesuitas” —así hasta los consideraban suyos— compradas unas en Roma y otras ahí, que “todos los demás las han presentado voluntariamente sin querer nada”, manifestando sin proponérselo, el espíritu de generosidad y desprendimiento de los expulsos; y que había tenido noticia de más obras. Añadió que debería ser expedida una orden para que todos presentaran sus trabajos, porque los italianos “no dejarán de publicarlas como cosa propia”. El ministro estaba dispuesto a impedir a otros lo mismo que él y los déspotas españoles querían hacer: apropiarse el trabajo de los desterrados.

Al año siguiente el ministro Antonio Porlier envió orden general para que se remitieran a sus manos las obras de los expulsos americanos y que se les alentara a continuar sus estudios, sin ordenar les facilitaran recurso alguno. El comisario real pegó la coletilla de que “Su Majestad premiará . . . mérito y desempeño” y que haría notificar dicha orden “a todos los que se dedican á tan loables y útiles trabajos”. Así disponían de las personas de los jesuitas y su trabajo.

De todos modos, aun sin los reales aguijones, los desterrados tenían la capacidad e inquietud necesarias para las labores en pro de la república de las letras. Sintéticamente, las principales materias abordadas por los expulsos mexicanos fueron: el Nuevo Mundo, indigenismo, etnología, lingüística, guadalupanismo, grandeza mexicana, historia, biografía y el señor Palafox.

Algunos lograron aportar bienes de cultura con diversas actividades. Manuel de Arenas y Bustos, residente en Ferrara, mandó grabar en 1789 estampas de Nuestra Señora de Guanajuato y las dedicó a su primo minero el marqués de San Juan de Rayas. Entregó 500 a los comisarios reales en un cajón cubierto con tela encerada y una estampada en seda para José Nicolás de Azara. Se ignora el fin de estos grabados en manos de los ministros españoles.

Quizá una de las más deslumbrantes facetas del humanismo académico fue el indigenismo mexicano. Al respecto, doña Eulalia Guzmán, entusiasta indigenista en este siglo xx en su obra *Manuscritos sobre México en archivos de Italia*, escribió:

Este segundo volumen es tanto más importante que el primero, no sólo por las noticias históricas que contiene sobre la labor misionera de los jesuitas del N.W de México, sino por la cantidad de informaciones sobre las tribus indígenas de aquellos lugares, y los datos bibliográficos que suministra.<sup>17</sup>

El desarrollo de este trabajo nos permite ver cómo Francisco Xavier Clavijero (1731-1787) fue un jesuita mexicano que disfrutó la aportación humanística de los jesuitas europeos, especialmente los italianos, aprendiendo el italiano y abriéndose a su cultura; aun antes de la expulsión dio fruto al traducir el *Compendio de la vida, muerte y milagros de San Juan Nepomuceno* de César Calino (1762), entre otras obras.

A diferencia de la mayoría de los jesuitas italianos venidos a México, que se ataron a las misiones con vínculos de rotundo humanismo vital, Clavijero floreció en el campo del humanismo académico con arranques de polígrafo, y estuvo al margen de ese campo de trabajo fundamental —las misiones— que los generales de la Compañía repetidamente declararon era el destino primero y último de los jesuitas en la Nueva España.

Por la expulsión no tuvo quizá oportunidad de llegar a desplegar sus cualidades en el campo del humanismo vital (por lo menos como lo vivió la mayoría, especialmente los italianos) y así su actividad de esta índole quedó circunscrita a los ministerios que desempeñó en el Colegio de Indios de San Gregorio de México y en el Colegio de San Francisco Xavier de Puebla. Las misiones vinieron a él. Así, su desarrollo en el humanismo académico lo preparó, por vocación, para el encuentro con la cultura italiana. Allá, cerró sus propios círculos vitales con obras como *Storia della California*, tema eminente de historia misional, que puede tomarse a manera de compensación por su ausencia de las misiones de la Nueva España.

A más de los diversos brillos de la obra de Clavijero en Italia, por su importancia es pertinente resaltar su actuación como uno de los grandes colaboradores del célebre lingüista Lorenzo Hervás y Panduro, quien tuvo a Clavijero en calidad de asesor de las lenguas de la América Septentrional y a Gilij y Camaño de la Meridional.

El Clavijero de 22 años, con ternura juvenil, cantando al Niño Dios en la navidad de 1753, bajo la alegoría del Pan: “La Arteza y Horno es María/ Jesús es el Pan del cielo,/ el agua la sangre pura,/ y el divino amor el fuego”,<sup>18</sup> se desarrolló con grandeza en Italia a pesar de la expulsión, a gran costa de la corriente humanística italiana que había colaborado en la alimentación de la cultura de Nueva España durante su presencia.

Para finalizar, se infieren varias consideraciones.

<sup>17</sup> Eulalia Guzmán, *Manuscritos sobre México en archivos de Italia*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1964 (Colección de Materiales para la Historiografía de México, núm. 1) pp. 157-158.

<sup>18</sup> Ignacio Osorio Romero, *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 8), 1979, pp. 200-201.

1) Sí existió una corriente secular de influencia humanística italiana vital y académica en Nueva España, del establecimiento de la Compañía de Jesús en el siglo XVI a la expulsión de los jesuitas en 1767, en que se truncó.

2) Los jesuitas de Nueva España estaban preparados por su formación humanística, unos más otros menos, y por convivencia con los italianos venidos a Nueva España para trasplantarse a Italia.

3) Italia fue familiar para ellos por hallarse en ella la Cátedra de San Pedro.

4) Vale la pena estudiar a los italianos en Nueva España como agentes del humanismo vital y académico, y a los mexicanos en Italia, en especial su viaje de Nueva España a Italia, pasando por Cuba, España y Córcega.

5) De Italia a México hay un camino sembrado de humanistas italianos, e Italia es un campo sembrado de humanistas mexicanos.

6) El estudio de la cultura italiana es indispensable para comprender la cultura mexicana; y la cultura de Nueva España, plasmada en los expulsos, es un buen camino para adentrarse en la cultura italiana.

7) Las circunstancias adversas en que vivieron los jesuitas mexicanos desterrados dan más valor a la obra humanística vital y académica que desarrollaron en Italia.

8) En fin, el conglomerado de jesuitas desterrados de Nueva España es de los mejores elementos de estudio que tenemos para valorar uno de los más grandes periodos de la cultura mexicana en su dimensión de sistema de ideas y creencias y a Clavijero como uno de sus más notables exponentes, puesto que descolló como poseedor de una herencia humanística italiana en la misma Italia.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> Ha habido más jesuitas italianos en México en los siglos XIX y XX; el *Diccionario Porrúa* consigna 31 de 1877 a 1968. A ellos pueden sumarse ahora más miembros de nuevas familias religiosas, lo cual en el Virreinato de Nueva España se reducía a las antiguas.